

tiempo, y no la de buen deseo. Por fin me resolví a un esfuerzo mayor, y robándoles minutos a las ocupaciones y horas al sueño, he redactado este extracto de mis conferencias, que ofrezco a mis discípulos en testimonio de cariño.

He sacrificado, en favor de ellos, la elegancia del estilo a la claridad. Repito el mismo vocablo, y no empleo voz que no sea familiar a los jóvenes colombianos. No sé, como Balmes, ser claro y elegante, y sacrifico lo segundo a lo primero. Aquí tiene el lector la razón del presente librito, que no presume ni de sabio ni de nuevo, ni aspira a reemplazar excelentes textos adoptados en varias escuelas y colegios católicos.

Lo bueno que se encuentra en este opúsculo es del señor Vallet y de otros autores consultados; lo malo es exclusivo del expositor bogotano. Así y todo, y por no tener ofrenda mejor, lo consagro a la mayor gloria de Dios y lo pongo bajo el patrocinio de Nuestra Señora del Rosario.

R. M. C.

POLICARPA SALAVARRIETA

Discurso pronunciado por don Luis María Mora al pie de la estatua de la heroína, en el 119º aniversario de su natalicio

Señores:

El señor Alcalde de este risueño y simpático barrio, en nombre de la Junta organizadora de la solemne fiesta que conmemoramos, me ha hecho el altísimo honor, nunca merecido por mí, de elegirme para llevar la palabra en esta hermosa ocasión; y es que los pueblos nobles, justos y agradecidos se agrupan en determinados días en torno de los pedestales de las estatuas de sus grandes hombres, ya para rendirles homenaje de piadosa gratitud, ya para darles ejemplo de amor a las generaciones venideras.

Pero este momento es excepcional, porque no estamos aquí reunidos al pie de uno de esos soberbios monumentos que immortalizan las hazañas de intrépidos capitanes, los cuales, con la punta de su espada, condujeron a la lid aguerridas falanges; tampoco en este lugar se eleva la serena figura de alguno de esos graves investigadores que en el silencio del estudio escudriñaron los misterios de las cosas; no se alza en este punto ni el busto de un sagaz político, ni se recuerda al benefactor de un pueblo, ni se cubre de laureles la sonora lira de un poeta: la estatua que se encumbra sobre nosotros en sencillo pedestal, es la efigie de una joven que, encendida en el amor de la patria, tiñó en esta ciudad con la púrpura más valiosa de su sangre las gradas siempre gloriosas del cadalso.

Para comprender la magnitud del sacrificio de Policarpa Salavarrieta necesitaríamos que nos formásemos una clara idea del teatro en que se desarrollaron los sucesos portentosos que la llevaron a la muerte en los más floridos años de la vida; y hoy de esa epopeya apenas nos quedan las eminencias bañadas en plena luz, habiendo desaparecido a nuestros ojos muy preciosos detalles que sin duda realzarían más la armoniosa majestad del conjunto.

La ciudad de Santafé de Bogotá era a principios del siglo pasado una vetusta ciudad señorial, en una de las cumbres más levantadas de los Andes, a la cual muy de cuando en cuando llegaba el eco de poderosos choques de encontradas corrientes europeas, y Dios y el Rey eran para los colonos, casi en la mayor parte, los dos únicos soberanos: Dios en el cielo y el Rey en la tierra; pero ni libertad, ni derechos, ni comercio, ni ilustración, ni nada. Sin embargo, en el claustro cien veces ilustre del Colegio del Rosario se preparaba un corto número de hombres privilegiados que, o con la espada del soldado o con la antorcha del sabio, habían de cambiar el pacífico rumbo de los acontecimientos.

Y fue el 20 de julio de 1810 el día señalado para la extraordinaria catástrofe, para el grandioso duelo. Un puñado de ciudadanos eximios, sin aceros ni cañones, se puso de pie en Bogotá para desafiar al león de Iberia. Y de un lado se erguían, con la altivez de los señores feudales, los descendientes auténticos de los conquistadores, que enhestaban pabellones legendarios y cargaban recios escudos, mellados mil veces al encuentro formidable con las armas del moro. Sobre la frente de sus antepasados había lucido el sol abrasador de Lepanto, y prolongados infortunios no habían logrado menguar su indomable coraje.

De nuestra parte contábamos con una sociedad que sólo exhibía un escaso círculo de personas ilustradas, y apenas teníamos una empírica enseñanza filosófica, no remozada y floreciente como la escolástica de hoy. Una densa tiniebla de ignorancia flotaba en todos los ámbitos del virreinato de Nueva Granada, y nuestro pueblo, extorsionado y triste, hubiera podido mostrar, en su abyección suprema, como única enseña de sus derechos, las palabras de García del Castañar, en muy distinto sentido: *del Rey abajo ninguno*. Pero bajo esta capa de hielo se estaban ocultando terribles fuerzas subterráneas, y ya empezaban a dejarse ver los primeros hilos de hervidoras corrientes de lava.

Policarpa Salavarrieta había nacido en Guaduas por enero de 1795, y ya se supone cuál sería la educación que se le dio a esta niña aldeana en una ciudad de tránsito, que si entonces era próspera y floreciente, no por eso dejaba de ser uno de los muchos agregados humanos inconscientes, del antiguo Virreinato. En esos tiempos los indios ya no servían como acémilas en el camino de Honda, construido por Fernando de Alcocer, y si ella hubiese observado hubiera podido ver cuántas recuas pasaban conduciendo los *quintos del rey*.

Quince años tenía Policarpa Salavarrieta cuando en Bogotá se hizo sentir ese resonante grito de emancipación que en enormes círculos, cada vez más dilatados,

propagó sus ondas sonoras hasta los más remotos confines de la América española; y la futura heroína debió de experimentar en el alma, a manera de anhelo vago e indescifrable, la gloriosa vocación del martirio; y en un momento de incógnita inspiración debió de entrever que su muerte contribuiría quizás a la salvación de la patria. "Hay inspiraciones en filosofía, como en todo," decía Balmes; y a eso podemos agregar que lo interesante es saber aprovechar esos rápidos instantes en que la Divinidad traza a los hombres caminos ignorados.

De 1810 a 1816 la historia de nuestra patria se mancha con la página negra de la guerra civil; y es entonces cuando Venezuela no se da vagar un solo segundo en su titánica lucha. Cuando uno se detiene en el relato de sus hazañas inauditas, parece que está repasando los exámetros divinos de la *Iliada*, en que los dioses batallan al lado de los crinados guerreros de la confederación helénica. El aventurero Monteverde y el odioso Boves llenan en Venezuela todo este tiempo con sus increíbles crueldades, y nosotros apenas tenemos que enorgullecernos con los triunfos de Girardot y Ricaurte, que en el Bárbula y San Mateo ascienden a las más resplandecientes cumbres del heroísmo.

La narración de estos hechos asombrosos debió de hacer latir con más fuerza el ardiente corazón de la Pola, la cual, en el año nefando de 1816, se trasladó a la capital de la ya vacilante y carcomida colonia.

El pacificador Morillo había hecho crujir en el inmenso territorio del Virreinato las pesadas ruedas de su carro triunfal. Uno a uno habían subido las gradas del patíbulo los ciudadanos más notables por su nacimiento, por su ilustración y la austeridad de su vida. La pensadora y ensangrentada cabeza de Camilo Torres se exhibía en una jaula de hierro en el camellón de la Capuchina, y el sabio Caldas había trazado ante los enigmas de la muerte su O larga y negra partida, sobre muro sagrado. Las cárceles resonaban con los

sollozos de inocentes víctimas; largas hileras de ancianos, niños y mujeres llorosas marchaban a insalubres lugares, y el látigo marcaba con su línea de fuego las carnes puras de matronas dignísimas. Por lo demás, el silencio del sepulcro reinaba en las plazas y calles de Santafé. Era temeridad en esa época mirar con malos ojos a un esbirro español, y había que sonreír ante la agonía de los patriotas en tortura.

Piénsese, pues, qué temple y qué grandeza de espíritu se necesitaría para conspirar aún en esos días de tan tenaz y completo exterminio.

Policarpa Salavarría se había refugiado en la augusta y noble casa de la señora Andrea Ricaurte de Lozano, y en ella trabajaba con un entusiasmo de inspirada por los grandes propósitos de tan eximia patriota. Una súbita pasión se había apoderado del alma de la doncella por Alejo Savaraín, el cual, quinateado en Popayán entre otros con el entonces oscuro soldado José Hilario López, servía en el ejército peninsular. El amor y el patriotismo se habían enlazado por modo encantador en el corazón de la Pola. En ella se confundían los juveniles ensueños virginales con las radiosas inspiraciones de los héroes, y unos y otros apresuraban el doloroso desenlace de aquel drama cuyos principios habían sido dulces y sonrosados, y cuyo fin había de ser tan triste y melancólico.

Regía por entonces el Virreinato don Juan Sámano, quien desde el comienzo de la magna guerra había hecho que se escuchase su nombre con horror, desde los distantes límites del Cauca hasta la sabana de Bogotá. Cuando el Pacificador emprendió la campaña de los Llanos quedó en su reemplazo este viejo sexagenario, débil y cobarde. No tenía la satánica y sombría maldad de don Pablo Morillo; pero en cambio una falsa piedad disculpaba en la conciencia del tétrico mandatario los crímenes que cometía diariamente; y el malvado Juan Tolrá atizaba en aquel corazón caduco los odios que ya en él desfallecían con la proximidad de la tumba.

La Pola había logrado que Alejo Savaraín se desertase del ejército español y emprendiese la huída hacia nuestras inmensas pampas orientales, en busca del escaso número de patriotas que allí había buscado refugio; y capturado por los espías de Sámano y conducido a Bogotá, quedaron descubiertos los planes revolucionarios tan activamente secundados por la joven y valerosa republicana. Un vil sargento, Manuel Iglesias, fue el espión de la desarmada víctima, y un breve consejo de guerra la condenó a ella y a su amante, con seis compañeros más, a sufrir el último suplicio. Larga, interminable debió ser para el General López, más tarde Presidente de la República, aquella noche que pasó haciendo centinela a los dos calabozos contiguos de Savaraín y de la Pola. Oigamos el relato que nos hace de los últimos supremos instantes de la joven sentenciada a muerte:

“La Pola marchó con paso firme hasta el suplicio, y en vez de repetir lo que decían los ministros, no hacía sino maldecir a los españoles y encarecer su venganza. Al salir a la plaza y ver el pueblo agolpado para presenciar su sacrificio, exclamó: ¡Pueblo indolente! ¡Cuán diversa sería hoy vuestra suerte si conocieseis el precio de la libertad! Pero es tarde. Ved que, aunque mujer y joven, me sobra valor para sufrir mi muerte, y mil muertes más, y no olvidéis este ejemplo.”

Un redoble de tambor apagó las últimas palabras de la heroína.

Así como la infortunada Ana Bolena le hizo notar al verdugo en la tradicional torre de Londres que su cuello era muy delgado, y que podía cortarlo de un solo tajo, de la misma manera Policarpa Salavarrieta le hubiera podido observar a los soldados españoles que se necesitaba muy poco plomo para atravesar su corazón delicado.

No sé por qué acude a mi memoria, aunque el caso sea muy diferente, la bella elegía de Esquilo, en la

horrible tragedia del atrida Agamenón sacrificando a su hija Ifigenia por mandato de los dioses:

“Los jefes, con sed de lucha, no escucharon las plegarias ni las dulcísimas quejas que dirigía a su padre, ni llegaron a enternecerse por su juventud lozana. Y el mismo padre, tras la invocación, ordenó a los sacrificadores atarla como una cabra y extenderla sobre el altar envuelta en sus vestiduras y con la cabeza colgando, y ordenó comprimir, bajo una venda, su bonita boca, para sofocar las palabras funestas que hubiera podido pronunciar. Y en tanto que ella derramaba su sangre color de azafrán, con una mirada llenó de compasión a los sacrificadores, hermosa como en las pinturas, y se veía que deseaba hablar, como en los días en que encantaba con sus dulces palabras los ricos festines paternas.”

La Pola “era de bella fisonomía, de talle airoso, aunque pequeña, de mirar ardiente, y en el blanco mate de sus mejillas se entreveía la distinción de su linaje, aun cuando, según las preocupaciones de la época, no pertenecía a las clases altas o nobles.”

El artista que modeló este modesto monumento ha querido representarnos a Policarpa Salavarrieta en el momento en que, atadas las manos atrás para ser fusilada por la espalda como traidora, relampagueantes los ojos y desmelenado el cabello, increpa a los soldados españoles.

Hoy, después de un siglo de tremendas desventuras, Colombia ha entrelazado sus pendones con los inmarcesibles pendones de España. Su escudo dondequiera se ostenta al lado de nuestro escudo. Estamos unidos con la madre patria en comunicación idéntica de aspiraciones para lo porvenir, y podemos decir con el gran Quintana, uno de los más robustos poetas épicos de la Península:

El crimen fue del tiempo y no de España.

He dicho.